

# EL TÉ DE LA LIBERTAD

LA HISTORIA REAL DE UN HÉROE  
ESPAÑOL QUE SALVÓ MUCHAS VIDAS

**PATRICIA MARTÍNEZ DE VICENTE**

# ÍNDICE

<b>PREFACIO</b> .....	<b>9</b>
<b>PRÓLOGO</b> .....	<b>17</b>
<b>PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN, «LA CLAVE EMBASSY»</b> 25	
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>29</b>
<b>PRIMERA PARTE</b> .....	<b>45</b>
I. LA BODA .....	47
II. LA PORTELA .....	61
III. EL MI6 EN ESPAÑA .....	79
IV. UNA NUEVA VIDA .....	89
V. EL TÉ DE LA LIBERTAD .....	103
VI. ENTRE ASUNTOS EXTERIORES Y GOBERNACIÓN .....	119
VII. UNA LUNA DE MIEL SIN RETORNO .....	131
VIII. LA ESCALA PORTUGUESA .....	143
IX. LA SOMBRA ALARGADA DEL TERCER REICH .....	159
X. OSCURAS PRESIONES .....	173
<b>SEGUNDA PARTE LONDRES</b> .....	<b>189</b>
XI. BOMBARDEOS A LA CIUDAD DE LOS MUSICALES .....	191
XII. COMO UNA PELÍCULA DE JAMES BOND Y EL FIN DEL DESTIERRO. 207	
XIII. EL BABY BOOM .....	223
XIV. LAS RUTAS DE SALVAMENTO .....	239
XV. LA TRASTIENDA BÉLICA .....	255
XVI. UN TESTIMONIO INESTIMABLE .....	269
XVII. LA PRODIGIOSA MARGARITA TAYLOR .....	281
XVIII. LOS NATIONAL ARCHIVES .....	291
XIX. LA CONSPIRACIÓN DEL SILENCIO .....	303
XX. UN NIVEL HUMANO POCO COMÚN .....	313
XXI. LOS LEGENDARIOS PAPELES VEN LA LUZ .....	331
<b>EPÍLOGO</b> .....	<b>377</b>
<b>ÍNDICE DE FOTOS</b> .....	<b>393</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>397</b>

## I. LA BODA



**M**oncha y Lalo se casaron en Vigo en los primeros días de 1942. No era un típico día gallego, lluvioso y gris; muy al contrario, lucía un sol resplandeciente. Una luminosidad pasajera de invierno que tampoco conseguía atenuar la humedad crónica y penetrante que rezuma por los poros de los sólidos edificios de piedra. Una hu-

medad que se diluye con el verdín marino, incrustándose en las paredes de la mayoría de las casas viguesas, calándolas, igual que a las personas. El sol inesperado, sin embargo, no impidió que fuera una boda algo triste. Aunque lejos de allí, la II Guerra Mundial estaba en su apogeo, circunstancia que se reflejaba en la expresión ausente de algunos asistentes y en la austeridad encubierta en la ceremonia de la iglesia.

Un órgano sonó desvaído al entrar la novia del brazo de su padre. Händel, Bach y Mendelsson dieron la bienvenida a una joven sonriente que caminaba emocionada hacia el altar rodeada de unas calas naturales, dispersas y erguidas en los jarrones al pie de las imágenes de los santos. Igual que los ramilletes de camelias, gardenias y gladiolos, todos blancos, repartidos en manojos desarreglados ante el altar mayor. La sencillez de las flores regionales esparcidas entre las imágenes sagradas hacía juego con el exquisito buqué de la novia, caído con desenfado sobre su falda. Un regalo personal del florista Juan Bourgignon, amigo del novio y traído expresamente desde Madrid. Además de la sobriedad de la ceremonia religiosa, en el convite posterior en el Hotel Moderno tampoco hubo baile con la disculpa de un luto reciente, lo que no impidió que las señoras estrenaran sombrero, y hasta alguna que otra tía abuela desempolvó el *sprint* tieso de las bodas más trascendentes. Todas se preocuparon de lucir sus joyas. Los tresillos de zafiros y brillantes, las pulseras destacadas y los broches con *baguettes* remataban la autenticidad de las perlas. Unos lujos guardados bajo siete llaves durante su guerra española o depositados en el Monte de Piedad para salir de más de un apuro en la posguerra.

Entre los caballeros la norma era el traje oscuro; chaqué solo para el novio, el padrino y los testigos más allegados. Tanto lucimiento, sin embargo, no podía disimular la larga escasez de una Guerra Civil, que se prolongaría por el racionamiento enlazado con la siguiente guerra en Europa. Los

españoles no habían superado aún sus propias penas bélicas cuando otras internacionales, igualmente feroces, entraron en juego, aunque parecieran distantes y ajenas. Las estrecheces generalizadas y el estraperlo, unidos a la carencia de artículos básicos e imprescindibles, se reflejaban en muchas facetas de la vida. Y aún en ocasiones alegres como esta, el desánimo por lo irrecuperablemente perdido superaba a la esperanza prometedora de una vida nueva, pero desconocida, por venir. Así y todo, a la novia no le faltó el clásico traje blanco de satén natural, confeccionado por la mejor modista de la región. La falda, ceñida y entallada al bies, rematada con unas hombreras exageradamente anchas, resaltaba su talle ligero, comprimiendo el pecho casi de adolescente.

La guerra en Europa impidió que muchos familiares del novio asistieran a la ceremonia. Los de la novia, más escasos, acudieron en su mayoría y se mezclaron y saludaron animosamente en el atrio de la iglesia, al entrar y salir. En ocasiones felices como esta, muy limitadas en los últimos tiempos, los asistentes aprovechaban para ponerse al día de sus pormenores. Se puntualizaban temas familiares que quedaron colgados en eventos anteriores, o cualquier noticia intrascendente alusiva a la ocasión. No era el momento de tocar temas desagradables, mencionar las pérdidas recientes, o recordar cualquier calamidad pasada. Como había esperar, hubo momentos de emoción y lágrimas en la iglesia, en la que no faltó una escueta orquesta de cámara para complementar la languidez del órgano. Pero la que más lloró fue la novia. Se supone que entre conmovida e ilusionada por la solemnidad del momento, pensando en su radiante futuro en pareja, cuando en realidad el llanto escondía unos motivos que solo los novios conocían y que los presentes jamás hubieran podido imaginar.

Sobre el papel, ella había elegido bien. Se casaba con un antiguo conocido de presente lucido y futuro prometedor. Un

prurito generalizado se enorgullecía de que otra de sus beldades lugareñas se perpetuara en el redil de los candidatos locales. Porque a Lalo, sin ser un héroe de la Guerra Civil española, se le reconocían ciertos méritos. Un cierto prestigio profesional ejerciendo de médico en Madrid, unido a los tres años de contienda nacional participando en los dos frentes con un equipo médico de Cruz Roja Española, evitaba clasificarlo como rojo o nacional. Ser imparcial, por lo tanto, era algo singular en una época rigurosamente tendenciosa. Pues aunque mi padre terminó promocionado a capitán médico del Ejército Nacional en el 39, para entonces había conseguido algo inconcebible para un español el 18 de julio de 1936: participar indistintamente en los dos bandos evitando clasificarse como republicano o nacional, escudado en su profesión. Y encima salir indemne. Eso le evitó una clasificación política, magníficamente encubierta por su profesión liberal, claramente humanista, relegando las ideologías sin darle mayor importancia.

Seguidor fiel de la filosofía humanitaria del fundador de la Cruz Roja Internacional, Henri Dunant, y desde esa indiferencia ideológica, Lalo se las arregló para continuar en la brecha al amparo de la Cruz Roja Española. La institución benéfica inaugurada en España en 1916 por la reina Victoria Eugenia. Él tenía claro que su misión era curar heridas, no provocarlas. Una combinación poco frecuente en la época, pero que le amortiguó el golpe frontal de unos ideales íntimos de los que nunca hablaba. Ni tenían por qué coincidir con otras tendencias del momento. Su patriotismo, más emocional que cerebral, quedaba para sus adentros, reservándose esa indiferencia ideológica jamás mencionada. En aquella época tan inflexible e intolerante era demasiado delicado exhibir las ideas, cuando el razonamiento tenía poca cabida. Sé muy bien que mi padre atendía a los pacientes de acuerdo con sus prioritarias necesidades de salud, y no ne-

cesitaba pedirles un carné de afiliado, ni otras explicaciones para curarlos. Su credo era irrelevante ante sus padecimientos y así fue durante toda su vida: «Para mí, los enfermos son solo eso, enfermos. ¿Para qué quiero saber nada más? Voy a atenderlos igual, estén en un frente u otro. El sufrimiento físico es ajeno a cualquier otra cuestión». Un *leitmotiv* marcado a fuego desde sus primeros pasos estudiantiles en la Universidad de Liverpool, incrustado en su personalidad cosmopolita para siempre.

Curiosamente, esta oportuna imparcialidad afranquista entre tanta intransigencia fascista le favoreció. Después de la guerra, cualquiera sabía que Lalo había participado en los dos bandos, pero ante la victoria final de los ganadores, su breve pasado con los perdedores quedó relegado, de forma que se reincorporó a la sociedad sin mayor problema. Nadie podía etiquetarlo ya como rojo o republicano, monárquico o franquista, ni afecto a cualquier tendencia rara. Sorprendentemente, bajo el estricto régimen militar imperante, su ideología quedó diluida entre un humanismo liberal y progresista, y un talante conservador. Obstinadamente independiente, mi padre trataba esos asuntos como un discreto observador, sin definirse ni siquiera en un momento tan estricto e inflexible como aquel. Y hasta en eso fue consecuente. Lo que otros pensaran al respecto no hacía mella en él. En el desbarajuste posbélico, la oportuna reseña personal era la clasificación social, y él encajaba fácilmente en esa España conservadora y extremadamente clasista de la posguerra. Lalo era un profesional muy útil en la nueva España y, por tanto era bien recibido. Con eso era suficiente. Mal que bien, mi padre se podría definir como un burgués que ejercía en Madrid sin vínculos dudosos con los izquierdosos, y menos aún con los sindicatos, la masonería o el marxismo. Aunque aquello ya era agua pasada, era impensable por tanto asociarlo con ninguna de las siglas políticas prohibidas al

finalizar la guerra española. De forma que esta ambigüedad dentro del desconcierto del periodo entreguerras le ayudó a sortear cualquier ajuste de cuentas inoportuno y frecuente entonces. Lalo reanudó fácilmente su vida entre Madrid y Vigo sin que nadie lo importunara. Igual que tantos, trató de olvidar los trágicos enfrentamientos vividos entre vecinos y antiguos compañeros de escuela para concentrarse en su trabajo. Pero, sobre todo, quería olvidar. Olvidar y vivir.

Sin embargo, el día que se casó, esta aparente novela rosa que culminaría con un final feliz junto a Moncha en la iglesia de Santiago de Vigo no lo era tanto. Como todas las alegrías, ocultaba un lado sombrío. Lalo había estado casado antes y tenía hijos pequeños lejos. Si bien es cierto que durante aquel franquismo pertinaz su anterior matrimonio civil y republicano no constaba sin una revalidación eclesiástica que lo legalizara (cosa que no se hizo), a los efectos, el novio estaba libre. Sí, pero era un soltero con retranca. Para colmo, en Vigo se rumoreaba que era espía. Un caldo de cultivo idóneo para dar la nota discordante a esta bella historia de amor. Y fomentaba un terreno propicio para sembrar dudas sobre los principios éticos de un noviazgo poco común. Extrañaba que al cerrarse una brutal contienda nacional y entreabriendo las puertas a otra de semejante calibre internacional, uno siguiera adelante sin tomar partido. No ser de algo, seguidor de alguien, simpatizar con alguna tendencia de moda. Franquista, falangista, republicano; lo que fuera, pero definirse. Era inconcebible que después de las penalidades vividas durante tres años, él todavía pudiera mantenerse en la brecha, sin arrimarse a un sector determinado, y que los demás le tomaran en serio. La misma vaguedad política, con un pasado familiar dudoso, renovando su vida alegremente junto a otra mujer, viguesa para más señas, ya era sospechoso. Una cuestión, por otra parte, totalmente ajena a la pareja. Esta ambigüedad, sin embargo, le permitió a Lalo



cierta independencia como ganador. Aunque tanta indiferencia, y sin ir a misa, daban que pensar.

Al padre de la novia, otro médico vigués relacionado con diversos sectores, le llegaron ciertos comentarios, e incluso algunas advertencias.

—¡Ojo, Martín, que tu hija se casa con un espía!

Nadie de la familia se dio por aludido. Y mucho menos la novia. En el corto noviazgo se supo que la ex era solo eso, una ex. Divorciado durante la corta tregua progresista de la Segunda República, aquel matrimonio deshecho en su día era agua pasada. Una intranquilidad menos. Pero lo del espionaje ya era otra cosa. Amiga de toda la vida de sus futuras cuñadas, Guillermina y Peggy, Moncha había escuchado vagos rumores de las actividades paralelas de Lalo, que no solo tenían que ver con sus asuntos profesionales, cosa de la que en cualquier caso evitaban hablar. Las simpatías tendenciosas eran un tema irrelevante y de nulo interés durante el breve noviazgo. Aunque se tratara de rebuscar unas acusaciones infundadas, la transparencia moral del novio no dejaba lugar a dudas. Lo único sospechoso, por buscarle las vueltas, eran las relaciones frecuentes de Lalo y su familia con personajes extranjeros. Algo que de cualquier forma era frecuente, por los destinos del padre como cónsul general en varios puestos diplomáticos. Desde siempre la familia Martínez Alonso alojaba a amigos forasteros en su casa, sobre todo británicos compañeros de colegios y facultades de sus once hijos de entre Glasgow y Liverpool, donde aún existía el centro familiar. Además, el novio era médico de la embajada británica en Madrid, por lo que el trato con ingleses era constante y por motivos muy variados, todos ellos explicables.

¡No sé por qué tenían que relacionarlo con el espionaje!



Cuando Dios hizo el mundo, apoyó su mano en Galicia y se formaron las cuatro rías que bordean ese privilegiado rincón natural al noroeste de España. Desde entonces la leyenda y el Creador han cobijado esa esquina de las feroces agresiones atlánticas, dejando para la posteridad el tranquilo dedo vigués protegido de las fuertes agresiones del Océano Atlántico. Millones de años después, la ciudad de Vigo, encaramada en los montes que bordean su ría, se convirtió en un puerto cosmopolita de significativo tránsito marítimo y comercial, el último del continente europeo en su salida hacia Sudamérica, tan supeditado a los vaivenes migratorios de los navegantes dispuestos a buscar fortuna al otro lado del mar. Hoy es también uno de los puertos pesqueros más importantes de la España moderna, de donde deriva una sólida industria conservera que, aunque sujeta a múltiples bamboleos, perdura y se defiende.

Desde tiempo inmemorial Vigo contempla el tránsito marítimo de todas partes a cualquier lugar del mundo. Una ciudad que vive para y por el mar que deja en el ambiente y su gente un sello marino inconfundible. Su profundo calado facilita el atraque a pie de muelle de los más sonoros trasatlánticos, yates, y hasta las escuadras navales del mundo entero. Por lo tanto su puerto atrae desde siempre a unos marinos internacionales que pasean una diversidad de uniformes, nacionalidades y razas por las calles ribeteadas de románticos camelios y naranjos. La decoración natural que le da ese toque colorista a las tascas, los mercados, las mariquerías, los burdeles y los frondosos parques, impregnados de un lastre marino abierto al mundo del que se abastece y suministra.

El innegable legado celta de la región ha dejado impresas de paso unas curiosas creencias de héroes y piratas al estilo de Pedro Madruga, o el mismísimo Drake. Derivadas de los cuentos de corsarios y doncellas rescatadas por unos mí-

ticos navegantes que merodeaban por unas recónditas cuevas marinas, aquellas fantasías heredadas generación tras generación nos invitan aún hoy a imaginar sus misteriosos quehaceres. Leyendas alimentadas por un ambiente propicio que divagan entre la crudeza de la madre naturaleza, o esa nostalgia crónica característica del lugar, la morriña, la que carga cualquier gallego en cuanto se aleja de allí. Marineros recalcitrantes que viven titubeando perennemente entre seguir aferrados a la realidad de su entorno, o escapar hacia el idealizado y remoto confín oceánico que desearían explorar sin atreverse. La consecuencia de una simiente antigua de fábulas, brujas y meigas, que alternaron desde tiempo inmemorial con rufianes imaginarios (y otros no tanto), quienes, a fin de cuentas, han convertido a estos gallegos costeños en un pueblo curado de espanto. Es decir, en gente adaptable y acomodaticia, aunque a veces parezcan desconfiados, pero siempre de fiar. Al observar otros tránsitos ilícitos más cercanos, como el estraperlo, el contrabando, y aún más recientes, los narcos, percibimos el entramado de fantasías mitológicas que los sustentan hasta hoy. Son precisamente esas peculiaridades regionales las que se enredan con total naturalidad con aquellos cuentos de piratas y corsarios que muchos aún creen que siguen escabulléndose por sus costas, insertando un peculiar espejismo mágico al ambiente. En definitiva, esa herencia milenaria celta que se arrastra en Galicia entre conjuros de quemadas y cuentos de meigas, lo que estimula más, si cabe, un lastre de tradiciones inciertas que no por ancestrales se ignoran, cuando a la hora de la verdad su vida se concentra en la franja iluminada que limita el horizonte circular de un faro.

Acorralados entre esa luz intermitente y las quejas de las sirenas noctámbulas, ciertos personajes singulares encontraron aquí un cobijo natural, lo que sería improbable en ambientes menos dados a la fantasía. Por eso no debe extra-

ñarnos que durante la II Guerra Mundial, Vigo y sus aguas camuflaran, a sabiendas de muchos, diversas actividades ilícitas, ante la complacencia, o la indiferencia, del ciudadano medio, tan acostumbrado a convivir con la rudeza natural del entorno, la cruda realidad, las sospechas y los rumores. Siempre los rumores. Peculiaridades propias que proporcionan un aspecto singular a las labores del puerto y a los residentes, fijos y flotantes, revistiéndolos de un tipismo que vibra y aflora en cualquier actividad, por rara que parezca, sin inmutarse. Por eso muchos vigueses viven curados de espanto. Indiferentes si se cruzan con transeúntes de distintos colores, países y géneros, mientras escuchan cuentos quiméricos o increíbles de su gente, alternados con casos reales de difícil clasificación. Chismes que navegan por su costa, extendiéndose por tierra, aunque no se sepa bien –ni falta que hace– de dónde provienen.

El día que mis padres se casaron aquellos rumores del río revuelto sobre las actividades de Lalo sonaban con fundamento. Y así se lo contó él a su novia la cálida tarde de verano en que se le declaró bajo un sólido nogal en la finca familiar de La Portela frente a la Isla de San Simón. Contemplando el sorprendente paisaje que bordea la Ría de Vigo, Lalo le insinuó entre arrumacos y tiernas caricias de siesta su gran secreto: que cooperaba bajo cuerda en el rescate humanitario de refugiados europeos que escapaban del nazismo a través de España. Una colaboración clandestina, sí, claro, pero dirigida por el Gobierno británico, altamente secreta y sin ninguna conexión con el Gobierno franquista. Una labor altruista a la que él contribuía voluntariamente sin ningún significado político junto a los diplomáticos de la embajada británica en Madrid. Tampoco le dio muchas más explicaciones porque no podía.

Desde que él comenzara esta participación altruista al estallar la Guerra Mundial, para el verano de 1941 su arries-